



LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN MÉXICO DURANTE EL SIGLO XVI (1).

Señores Académicos:

No sé si el asunto con que pretendo ocupar hoy vuestra atención podrá considerarse como ajeno de nuestro instituto; pero me atrevo á pensar que estándonos cometido el estudio é ilustración de la Historia Literaria de México, no escucharéis con desagrado algunas noticias acerca de lo que fué entre nosotros la instrucción pública durante el primer siglo de la dominación española. Juzgo ser parte de aquella Historia el conocimiento del método y extensión de la enseñanza; porque si bien es cierto que la literatura de una nación resulta del carácter de la misma, de

[1] Este discurso fué leído por el autor en las Juntas de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, celebradas los días 16 de Junio, 20 del mismo y 4 de Julio de 1882.

sus creencias, de sus costumbres, de su marcha histórica, de sus relaciones con otros pueblos, y hasta de la naturaleza de su propio clima y suelo, también lo es que la enseñanza contribuye poderosamente al desenvolvimiento de las ideas, al giro que éstas toman, á la elección de determinados modelos, y á la preferencia dada, para la imitación, á tal ó cual literatura extranjera. Semejante estudio tiene importancia adicional entre nosotros, por no estar divulgado como debiera el conocimiento de lo que se hizo en favor de la instrucción pública desde los principios de la dominación española, y aun por eso corren admitidas ciertas ideas erradas que en todo caso conviene rectificar.

Para no alargar el presente estudio, le reduzco al siglo XVI. Entonces fué cuando aconteció la gran revolución política y social que cambió la faz de esta tierra, y se asentaron los cimientos de la sociedad en que vivimos. Asistir, por decirlo así, al nacimiento de aquella cultura intelectual; ver cómo se formó el espíritu del nuevo pueblo; cómo los límites que separaban las dos razas extrañas y hasta enemigas empezaron á confundirse en la escuela; de qué manera la Iglesia y el Estado procuraban la ilustración general, y cómo floreció rápida-

mente el cultivo de las letras, son asuntos que no pueden carecer de interés, por más que yo no acierte á dar las luces debidas al cuadro. De tal examen pueden sacarse también avisos importantes para guiarnos en el arduo negocio de la instrucción pública: algo hallaremos que aprender, y algo también que evitar. Lamento que me falten fuerzas para presentar un conjunto acabado, y sacar las consecuencias filosóficas, políticas y morales que de los hechos se desprenden: me contento con echar los primeros trazos, reduciéndome al papel de simple narrador. En toda materia histórica lo primero y más importante es fijar bien los *hechos*; porque mal conocidos, no pueden menos de provocar deducciones falsas. Para el cometido de nuestra Academia basta considerar la enseñanza del primer siglo como elemento de la literatura nacional: á otros toca apreciar la influencia de tal enseñanza en la marcha general de la nación.

Un escollo inevitable ha estado á punto de quitarme de la mano la pluma. Empeñado en dar á conocer aquel histórico siglo XVI, he escrito algo acerca de sus hombres y de sus acontecimientos, y aun pienso escribir más. En tan continuos viajes por el mismo terreno, forzoso me ha sido á veces

pasar de nuevo por el camino ya andado, sin poder excusar repeticiones, á no dejar vacíos desagradables. Hoy me apremia la misma necesidad: excusad, pues, señores, si volveis á oír, hasta con las mismas palabras, algo de lo que antes habéis oído; porque si vuestra indulgencia no llegara hasta ese punto, el cuadro que intento bosquejar quedaría tan incompleto, que sería mejor renunciar á presentárosle. Y no puedo resolverme á ello, porque es de interés tan grande, que aun salido de mis manos no perderá del todo su valor.

Cualquiera que sea el juicio que formemos de lo que se ha convenido en llamar *civilización azteca*, está fuera de duda que ninguna influencia ejerció en nuestra enseñanza y literatura. Poco podía adelantar en la cultura intelectual un pueblo que no conocía el alfabeto, y que para conservar y transmitir sus conocimientos, contaba solamente con la tradición oral, ayudada á medias por la imperfecta escritura jeroglífica. No se conocía la escuela propiamente dicha. Los colegios de mancebos y de doncellas, anexos por lo común á los templos, eran más bien casas de recogimiento, instituidas y dirigidas por los sacerdotes en provecho de ellos mismos. Las doncellas cuidaban del aseo de los templos, y se ejerci-

taban solamente en labores de manos: se les inculcaban, es cierto, buenas máximas de moral; pero nada se ve que sirviera al desarrollo de la inteligencia. Desgraciadamente existía por otra parte el *Cuicoyan*, seminario de cantatrices y bailarinas, ó más bien casa oficial de prostitución. Los mancebos se dividían en dos clases, según que iban al *Calmecac* ó al *Telpuchcalli*: el primero era una especie de colegio de nobles, cuyos alumnos prestaban también sus servicios á los sacerdotes, se instruían en el complicado ritual de aquella nación, aprendían los cantos en que se conservaba la memoria de los principales sucesos, y estudiaban la escritura jeroglífica. En el *Telpuchcalli* se daba á los jóvenes de uno y otro sexo de la clase media una educación semejante, aunque mucho menos extensa, y era principalmente una escuela militar. En todas esas casas, con alguna excepción en el *Telpuchcalli*, dominaba la severa disciplina de los aztecas, cuyo carácter feroz imprimía en todo sus huellas. Las academias de oradores, filósofos y poetas de que nos hablan los historiadores tezcocanos, no existieron probablemente más que en la imaginación de esos escritores: los cantares del gran rey Nezahualcóyotl han llegado á nosotros sin ninguno de los caracteres que pi-

de la crítica para admitir la autenticidad de un monumento histórico. No se comprende cómo si aquel pueblo llegó á tan alto grado de cultura, y precisamente en los años inmediatos á la conquista, no quedó ni una persona que conservara los conocimientos adquiridos, y que nos diera cuenta de ellos, con ayuda de la escritura traída por los conquistadores. No faltaron cronistas indios; mas no sabemos que apareciera algún filósofo, orador ó poeta de los de aquellas antiguas academias, cuyos individuos no es de creerse que desaparecieran todos con la muerte del fundador. La ciencia astronómica de los aztecas no es todavía bien conocida, ni tampoco se ha podido deslindar qué heredaron de otros pueblos más antiguos y qué hallaron por sí solos. En lo que al parecer pusieron mayor esmero fué en la oratoria, porque eran ceremoniosos hasta el fastidio; pero no me atrevo á admitir como del todo genuinas las prolijas arengas conservadas principalmente por los padres Olmos, Sahagún, Mendieta. En general debe notarse, que los indios recién convertidos solían dar como recibido de sus antepasados, algo de lo mismo que habían oído á los misioneros, de suerte que es casi imposible distinguir lo que hay de original, de *azteca puro*, por decirlo así, en las pin-

turas y relaciones que tenemos. Pero sea lo que fuere de tales conocimientos, lo seguro es que estaban encerrados en reducidísimo número de personas. No había instrucción primaria: ninguna mención hallamos de escuelas para el pobre pueblo, que vegetaba en la más profunda ignorancia. Era también que realmente no había qué enseñarle: bastábale con saber trabajar y dar su sangre para los sacrificios.

Cuando llegaron los primeros misioneros españoles, se encontraron con aquella gran masa de gente inculta, que en un día era preciso convertir y civilizar. Hoy se cuenta, dentro y fuera de casa, con grandísimo número de establecimientos y de profesores particulares para educar á los niños sucesivamente, conforme van llegando á edad proporcionada: entonces eran doce hombres para millones de niños y de adultos, que de concierto pedían luz, y luz que no podía negárseles, porque no se trataba únicamente de la cultura humana, que importantísima como es, no ocupa, empero, el primer lugar; sino de abrir los ojos á ciegos gentiles y hacerles tomar el camino recto para alcanzar la salvación de sus almas. Grave parecía desde luego el caso, pero más lo era realmente, porque los nuevos maestros no habían oído jamás la lengua de

los discípulos. Mas, ¡qué no puede la caridad! Aquellos varones venerables se apoderan pronto de la lengua desconocida, y luego de otras y otras que van encontrando: comprenden, ó más bien adivinan el carácter especial del pueblo, y á un tiempo le convierten, le instruyen y le amparan. Los primitivos misioneros y los que en pos de ellos vinieron, no eran ciertamente hombres vulgares: casi todos tenían letras suficientes: muchos, como los padres Tecto, Gaona, Focher, Veracruz y otros habían brillado en cátedras y prelacías: los hubo de cuna nobilísima, y tres de ellos, los padres Gante, Witte y Daciano, sentían correr por sus venas sangre real. Todos renunciaron á las ventajas con que podía tentarlos su lucida carrera: todos olvidaron por el pronto su costosa ciencia, para darse á la primera enseñanza de los pobres y desvalidos indios. ¿Qué hinchado doctor, qué condecorado catedrático aceptaría hoy una escuela de primeras letras en una obscura aldea?

Los franciscanos iban levantando por todas partes templos al verdadero Dios, y al par de ellos escuelas para los niños. Dieron á sus principales conventos una traza particular: la iglesia de oriente á poniente, y formando escuadra con ella hacia el norte, la escuela con sus dormitorios y capilla.

Venía á completar el cuadro de la fábrica un amplísimo patio que servía para enseñar la doctrina á los adultos, por la mañana, antes del trabajo, y también para los hijos de los *macehuales* ó plebeyos que acudían á recibir la instrucción religiosa; pues el edificio de la escuela estaba reservado para los hijos de los nobles y señores; bien que esa distinción no se guardaba con todo rigor.

Hallaron á los principios los religiosos gran dificultad para congregar niños que poblasen aquellas escuelas, porque los indios no estaban todavía capaces de comprender la importancia de la nueva disciplina, y rehusaban dar sus hijos á los monasterios. Hubieron de acudir á la autoridad para que por su medio fuesen apremiados los señores y principales á enviar sus hijos á las escuelas: primer ensayo de enseñanza obligatoria. Muchos de los señores, no queriendo entregarlos, ni osando tampoco desobedecer, apelaron al arbitrio de enviar en lugar de sus propios hijos, y como si fuesen ellos, otros muchachos, hijos de sus criados ó vasallos. Mas con el tiempo, advertida la ventaja que llevaban esos plebeyos á sus señores, merced á la educación recibida, enviaban ya sus hijos á los monasterios, y aun instaban para que fuesen admitidos. Los niños habitaban en los aposentos que para el

efecto había junto á las escuelas: algunos tan espaciosos, que bastaban para ochocientos ó mil. Los religiosos se dedicaron de preferencia á los niños, como más dóciles y aptos por su edad para aprender, y tuvieron en ellos unos auxiliares utilísimos. Pronto los emplearon como maestros. Los adultos, traídos de cada barrio por sus principales, venían á los patios, y permanecían allí durante las horas destinadas á la enseñanza, quedando después libres para vacar á sus ocupaciones ordinarias. Repartidos en grupos, uno de los niños más instruidos daba á cada grupo la lección aprendida del misionero.

En la naturaleza de las cosas estaba que la primera instrucción fuese la religiosa; mas como maestros y discípulos no podían todavía entenderse, tomaron los religiosos una determinación extraña, cual fué la de enseñar á los indios las cuatro principales oraciones, Padre Nuestro, Ave María, Credo y Salve, *en latín*, y así se encuentran en muchas *Doctrinas*. No alcanzo el motivo de tal determinación. Completaban la enseñanza por medio de señas, y ya se deja entender que el fruto era muy poco ó ninguno. Deseosos de apresurar la instrucción, y comprendiendo que lo que entra por los ojos se graba con más facilidad en el espíritu, discurrie-

ron luego hacer pintar en un lienzo los principales misterios de la fe. Fr. Jacobo de Tastera, francés, fué el primero, según parece, que halló ese camino. No sabía la lengua, pero presentaba á los indios el lienzo y hacía que uno de los más hábiles, y algo entendido ya en el castellano, fuese declarando á los otros el significado de las figuras. Siguiéron los demás frailes su ejemplo, y el sistema continuó en uso mucho tiempo. Solían también colgar en las paredes de las escuelas los cuadros necesarios, y el misionero, conforme hacía las explicaciones doctrinales, iba señalando con una vara larga el cuadro correspondiente. Los indios acostumbrados á las pinturas jeroglíficas, las adoptaron para escribir catecismos y libros de rezo de su uso particular; pero variando las formas antiguas é intercalando á veces palabras escritas con caracteres europeos, de donde vino á resultar una nueva especie de escritura mixta, de que se conservan curiosas muestras, y hay en mi poder algunas. Del mismo medio se valían para apuntar sus pecados á fin de no olvidarlos al tiempo de acudir al tribunal de la penitencia. El uso de las figuras era tan agradable á los indios, que duró todo aquel siglo y parte del siguiente. En 1575 el Sr. Arzobispo Moya de Contreras remediaba con figuras la falta de

bulas, que no habían llegado de España; y el conocido escritor franciscano Fr. Juan Bautista las hacía grabar, entrado ya el siglo XVII, para que se diesen á los indios al tiempo de enseñarles la doctrina.

Mas no tardaron los primeros religiosos en saber lo bastante de la lengua para entenderse con sus discípulos, y continuando el estudio, llegaron á ser eminentes en ella. Tradujeron entonces la doctrina, con lo cual la enseñanza tomó nuevo y más fructuoso camino.

La distinción que los religiosos hacían entre nobles y *macehuales* no era hija de una preferencia injusta, sino muy fundada en razón. Conocían que los hijos de los pobres no tenían necesidad de saber mucho, pues no habían de regir la República, y si la tenían de instruirse pronto en lo más necesario para quedar libres y ayudar á sus padres en el trabajo con que ganaban penosamente el pan cotidiano; al paso que los nobles no hacían falta en sus casas, y podían estar más de asiento en la escuela hasta alcanzar toda la instrucción que se requiere para desempeñar cargos públicos. Igual razón militaba, y con más fuerza, para instruir brevemente á los adultos, á quienes apenas concedían tiempo para ello los españoles, que los apremiaban, con más codicia que

conciencia, para que trabajasen en campos ó minas. Los religiosos distinguían también de ingenios (y ojalá que hoy se hiciese lo mismo), pues no querían perder su escaso tiempo en dar instrucción superior á los discípulos que ya en la primera habían mostrado carecer de capacidad para más. Como en las niñas no mediaban iguales razones, no se hacía distinción de clases, sino que todas se enseñaban en común, al principio en los patios, y luego en los asilos que se fundaron para ellas.

Dominaba entonces exclusivamente, como vamos viendo, la instrucción religiosa; pero si reflexionamos que en ella se comprendía el conocimiento de todos los deberes privados y sociales que bastan para asegurar al hombre la felicidad presente y futura, no echaremos tanto de menos lo demás. En todo caso, los indios no carecieron mucho tiempo de enseñanza en otros ramos de instrucción primaria. En 1524, á la llegada de los misioneros, no había probablemente un solo indígena que supiese lo que eran letras, porque de seguro los soldados no se tomaron, si es que podían, el trabajo de enseñar á nadie. Algunos años pasaron antes que los misioneros pudieran atender á ello, y sin embargo, en 1544 quería el Sr. Zumárraga que la Doctrina de Fr. Pedro de

Córdoba se tradujese á la lengua de los indios, como se tradujo, y esperaba que sería de mucho fruto, «pues hay tantos de ellos que saben leer.» Diez ó doce años con tan pocos y ocupados maestros, son bien corto término para tal obra. De los rápidos adelantos de los indios en la escritura, en la música y aun en el idioma latino, nos dan expreso testimonio los autores contemporáneos.

Por más que todos lo sepáis, señores, no me perdonaríais que omitiese lo que hizo en favor de la instrucción de los indios el insigne lego flamenco Fr. Pedro de Gante, consanguíneo del Emperador Carlos V. No fué fundador del colegio de San Juan de Letrán, como generalmente se afirma, sino de la gran escuela de San Francisco en México, que rigió durante medio siglo. Hallábase edificada, según constumbre, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el Norte, y contigua á la famosa capilla de San José de Belem de Naturales: la mejor iglesia de México, inclusa la catedral antigua. Reunió allí nuestro lego hasta mil niños, á quienes daba educación religiosa y civil. Añadió después el estudio del latin, de la música y del canto, con lo que fué de grande utilidad á los religiosos, porque de allí salían músicos y cantores para todas las

iglesias. No satisfecho con eso, reunió también adultos, con los que estableció una escuela de bellas artes y de oficios. Proveía á las iglesias de imágenes de pincel ó de bulto; de ornamentos bordados, á veces con mezcla de obras de plumería, en que tanto se distinguían los indios; de cruces, de ciriales, y de otros muchos objetos necesarios para el culto, no menos que de operarios para la fábrica de las iglesias mismas, pues tenía en aquella casa, pintores, escultores, talladores, canteros carpinteros, bordadores, sastres, zapateros y otros oficiales. A todos atendía y de todos era maestro. Causan verdadera admiración los gigantescos esfuerzos de aquel lego inmortal, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía tantos años una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento que era al mismo tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro, en fin, de civilización.

Nada omitían los misioneros para difundir entre los indígenas el conocimiento de la nueva religión. Considerando por una parte que aquel pueblo todavía semi-idólatra estaba habituado á las frecuentes solem-

nidades de su sangriento culto, y por otra, que para los muchos que no sabían leer convenía una figura viva de los misterios de la fe, instituyeron las representaciones sacras: primero dentro de los templos, luego en los atrios, y al fin en campo abierto, por no haber ya en edificio alguno la inmensa muchedumbre que acudía á presenciárlas. Aprovechaban entonces los indios la carrera de las procesiones para ostentar en ella sus variadas invenciones de enramadas, bosques artificiales, arcos de flores en incalculable número, altares, músicas y danzas. Curiosísimas son las relaciones de estas fiestas que nos han dejado los antiguos misioneros. La representación solía verificarse en tablados; pero á veces se omitían por no ser posible fabricarlos tan extensos como el caso lo requería. Las crónicas antiguas nos han conservado no solamente la noticia general de tales fiestas, sino que dan también relación particular de varias de ellas; y aunque carecemos del texto de las piezas, se sabe lo bastante para comprender su argumento y estructura. Lo común era representar pasajes de la Sagrada Escritura; pero á juzgar por los datos conocidos, no eran propiamente piezas dramáticas, sino que se reducían á poner en escena el hecho tal como se encontraba referido, si

era real, ó como se suponía que debiera acaecer, si era supuesto: de estos fué la representación de la conquista de Jerusalem por Carlos V, hecha con gran pompa en Tlaxcala el año de 1539. Los actores, que á veces se contaban por millares, eran los indios mismos, y parece que no desempeñaban mal sus papeles. No era extraño en verdad para ellos tal oficio, porque en su gentilidad le usaban, haciendo farsas y entremeses á su modo. Parece que los frailes componían las piezas, ó tal vez las traducían y acomodaban á las circunstancias y á la capacidad de los oyentes. Fué famosa entre ellas el Auto del Juicio final, compuesto en lengua mexicana por el gran misionero Fr. Andrés de Olmos, y representado en la capilla de San José á presencia del virrey Mendoza, del Sr. Obispo Zumárraga y de gran concurso de gente, así de México como de la comarca, que sacó, según dicen, gran fruto de aquella representación. Fr. Juan Bautista, el historiador Fr. Juan de Torquemada y aun los discípulos del colegio de Tlaltelolco, compusieron también piezas de esta clase. Era tanta la afición de los indios á ellas, que continuaron durante los siglos siguientes; y variada la forma, porque no eran ya habladas sino mudas, llegaron hasta nuestros días. Pero de toda aquella antigua lite-

ratura no nos queda más que un pequeño villancico castellano, conservado por el P. Montolinía.

El celo del buen Obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, no se satisfacía con esta enseñanza puramente religiosa y elemental, por decirlo así. Aspiraba á cosas más altas en favor de los indios, y tomaba con tanto calor su instrucción, que escribía al Emperador: «La cosa en que mi pensamiento más se ocupa, y mi voluntad más se inclina y pelean con mis pocas fuerzas, es que en esta ciudad y en cada obispado haya un colegio de indios muchachos que aprendan gramática á lo menos, y un monasterio grande en que quepan mucho número de niñas hijas de indios.» Llevó á efecto sin tardanza, por lo que á él tocaba. la primera parte de su buen deseo, y venciendo cuantos obstáculos se le presentaron, el 6 de Enero de 1536 logró abrir para indios el famoso colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, contiguo al convento que los franciscanos tenían en aquel lugar. Comenzóse la fundación con sesenta estudiantes. cuyo número fué después creciendo. Además de la religión y buenas costumbres, se enseñaba allí lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mexicana. Entre los profesores hubo hombres tan eminentes como Fr. Ar-

naldo de Basacio, francés: Fr. García de Cisneros, uno de los doce primeros y primer provincial de los franciscanos de México: Fr. Andrés Olmos, insigne misionero polígloto, compañero del Sr. Zumárraga, muerto con fama de santidad: Fr. Juan de Gaona, alumno distinguido de la Universidad de París, tan humilde como sabio: Fr. Francisco de Bustamante, el mayor predicador de su tiempo: Fr. Juan Focher, francés, doctor en leyes por la Universidad de París, oráculo de nuestra primitiva Iglesia, y el venerable Fr. Bernardino de Sahagún, escritor insigne, padre de los indios, que gastó su vida entera en doctrinarlos. Con tales profesores, salieron alumnos aventajadísimos que no sólo llegaron á ocupar cátedras en el colegio, sino que sirvieron también para enseñar á religiosos jóvenes, supliendo la falta que había de lectores, por hallarse los religiosos ancianos ocupados en el cuidado espiritual de los indios. Y como estos no se recibían entonces al hábito, dedúcese que los oyentes eran forzosamente españoles ó criollos, y que la raza indígena daba maestros á la conquistadora, sin despertar celos en ella. Hecho histórico digno de meditación. Los misioneros hallaron en aquel colegio maestros de lengua mexicana, que la enseñaban mejor por lo mismo

que estaban instruídos en otras ciencias, al mismo tiempo que amanuenses y colaboradores utilísimos para sus obras, y aun cajistas como Diego Adriano y Agustín de la Fuente, que las *compusieran* con más corrección que los oficiales españoles. El Sr. Zumárraga había traído la primera imprenta á México, y antes de finalizar el siglo tenía la suya el colegio de Tlatelolco. Aquella célebre casa pasó por muchas vicisitudes, como todas las cosas humanas, hasta desaparecer á principios del presente siglo.

He olvidado por un rato á las niñas indias, y es tiempo de dar una ojeada á lo que se hizo en su favor. Reunidas al principio en los patios, como los varones, se distribuían allí en grupos, y los niños más adelantados salían á explicarles la doctrina. Después hubo niñas que desempeñaran ese oficio. Mas como se reconocieron los inconvenientes de tal sistema, los frailes fundaron casas en que recogían doncellas y viudas, poniéndolas á cargo de alguna matrona española. Fué notable entre esas casas la de Texcoco. El Sr. Zumárraga fundó escuelas para niñas en ocho ó nueve pueblos de su diócesis; y desde 1530, á instancias suyas, envió la emperatriz seis beatas que sirvieran de maestras. En 1534 trajo consi-

go de España el Sr. Obispo otras seis mujeres. La casa de asilo se fundó en el centro de la ciudad, conforme á las órdenes de la corte; cosa que desagradó á los indios, porque acostumbrados á criar á sus hijas, sobre todo las de principales, con gran severidad, no gustaban de que viviesen sin clausura en medio del bullicio de la población española. Así es que las daban con repugnancia, y aprovechaban cualquier ocasión para recogerlas. Las maestras, como no eran religiosas, dejaban con facilidad el empleo, atraídas por mejores partidos que les ofrecían en las casas de los españoles. El Sr. Obispo hizo grandes esfuerzos para sostener el establecimiento; mas no pudo impedir que desapareciera á los diez años de fundado.

Dolido de ver que las niñas se criaran sin educación, y aun fueran objeto de infame tráfico para sus padres, solicitó del emperador, en unión de los demás obispos, que en lugar retirado y con la competente clausura se fundara un convento de monjas que se encargasen de la enseñanza de las niñas indígenas. Ofrecía liberalmente sus pocos recursos para ayudar á la fundación; mas el emperador no tuvo por conveniente permitirla. Ya no había tanta necesidad de cuidar de las niñas como al principio, porque